

El camino del psiconauta

Stanislav Grof



LA ENCICLOPEDIA DEL VIAJE INTERIOR

VOLUMEN II

K_{airós}

Stanislav Grof

El camino del psiconauta
La enciclopedia del viaje interior

Volumen 2

Prólogo de Rick Doblin

Traducción del inglés de David González Raga

editorial **K**airós

Este libro ha sido posible gracias al generoso apoyo de Jonas Di Gregorio y Kristina Soriano, asesores de la *Psychedelic Literacy Fund*

Título original: *The Way of the Psychonaut: Encyclopedia for Inner Journeys, Volume Two*

© 2019 Stanislav Grof, M.D., Ph.D.

© de la edición en castellano:

2022 Editorial Kairós, S.A.

www.editorialkairos.com

© de la traducción del inglés al castellano: David González Raga

Revisión: Amelia Padilla

Composición: Pablo Barrio

Diseño cubierta: Sarah Jordan y Editorial Kairós

Imagen cubierta: Brigitte Grof

Imagen cubierta: «Shiva Nataraja apareció en mis sesiones psiquedélicas más importantes y lo considero mi arquetipo personal. También tuve muchas experiencias extraordinarias en torno a Shiva cuando estuve con Swami Muktananda, que he descrito en el libro *When the Impossible Happens*. Esta imagen concreta de Shiva fue tomada en mi casa de Big Sur por Brigitte en algún momento de los catorce años que pasé en Esalen, una época muy importante de mi vida».

Stanislav Grof

Primera edición en papel: Noviembre 2022

Primera edición en digital: Noviembre 2022

ISBN papel: 978-84-1121-060-7

ISBN epub: 978-84-1121-106-2

ISBN kindle: 978-84-1121-107-9

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Sumario

Prólogo

VII. Autoexploración y terapia con psiquedélicos: *la importancia del set y del setting*

VIII. Sincronicidad: *el «principio de conexión acausal» de C.G. Jung*

IX. Los estados holotrópicos de conciencia y la comprensión del arte

X. El impulso prometeico: *la creatividad superior*

XI. Los arquetipos: *principios guía de la psique y el cosmos*

XII. Las raíces de la violencia y la codicia: *la investigación de la conciencia y la supervivencia humana*

XIII. Psique y tánatos: *las dimensiones psicoespirituales de la muerte y el proceso del morir*

XIV. El juego cósmico: *la exploración de los límites más alejados de la conciencia humana*

Epílogo: psique y cosmos

Colofón

Sobre el autor

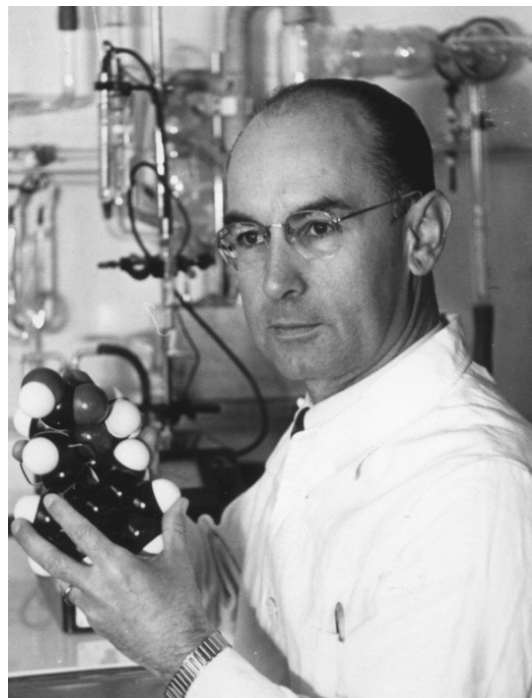
Anexo

Imágenes

A Brigitte,
amor de mi vida y mi otra mitad, que has aportado luz, *shakti*,
inspiración, entusiasmo y amor incondicional a mi mundo, esposa
extraordinaria y compañera ideal en los viajes interiores y exteriores,
con profunda gratitud y admiración por lo que eres y lo que
representas

«La expresión... *psiconauta* está bien elegida, porque el espacio interior es tan inmenso y misterioso como el exterior, y, como sucede con los astronautas -que no pueden permanecer mucho tiempo en el espacio exterior-, también deben regresar a la realidad cotidiana quienes se adentran en el mundo interior. Para que sean realmente beneficiosos y puedan hacerse con el mínimo peligro, ambos viajes requieren además una adecuada preparación».

ALBERT HOFMANN, *Memories of a Psychonaut* (2003)



En la celebración del 75.^o aniversario del descubrimiento de Albert Hoffman del LSD-25.

La revolución científica que comenzó hace 500 años ha desembocado en la moderna tecnología y la civilización actual ha experimentado un avance extraordinario durante el último siglo. Hoy damos por sentadas la exploración del espacio exterior, las tecnologías digitales, la realidad virtual, la inteligencia artificial y la comunicación a la velocidad de la luz, pero, pese a todo este progreso, aún sigue escapándonos la naturaleza de la realidad fundamental. Una búsqueda en internet de las preguntas sin respuesta en el campo de la ciencia pone claramente de relieve que seguimos sin saber gran cosa de las dos cuestiones más importantes sobre la naturaleza de la realidad: ¿de qué está hecho el universo y cuál es el fundamento biológico de la conciencia? Y es evidente que se trata de dos preguntas relacionadas porque, si queremos conocer la existencia, debemos ser conscientes de ella.

Stan Grof ha sido un auténtico pionero en la comprensión de la realidad interior y su relación con la experiencia de la llamada realidad exterior durante los últimos sesenta años. Estos dos volúmenes exploran sistemáticamente su viaje de los dominios personales de la existencia a los transpersonales y trascendentes. Cometerá, por tanto, una imprudencia quien, estando interesado en profundizar en los misterios de la existencia y la experiencia, ignore esta obra monumental.

¿Cuál es el significado de la vida y de la muerte? ¿Cómo influye el trauma del nacimiento en nuestra experiencia vital? ¿Existen otros ámbitos de experiencia más allá del

«sueño» despierto? ¿Por qué debemos conocerlos para aliviar nuestro sufrimiento personal y colectivo? ¿De qué manera puede la humanidad curar los traumas que se autoinflige? ¿Cómo superar el miedo a la muerte? ¿Cuál es, más allá de la experiencia del cuerpo, la mente y el universo, nuestra verdadera naturaleza?

Stan Grof es un gigante sobre cuyos hombros tenemos la suerte de ir encaramados. Llamarle el Einstein de la conciencia sería quedarnos cortos. Estoy profundamente en deuda con él por ser un faro en este camino. No me cabe la menor duda de que las generaciones futuras reconocerán su contribución para ayudarnos a despertar de esta hipnosis colectiva a la que llamamos realidad cotidiana.

He permanecido despierto toda la noche leyendo esta obra maestra de Stan Grof.

DEEPAK CHOPRA

Prólogo

El primer libro escrito por el doctor Stanislav Grof vio la luz en 1975 con el título *Realms of the Human Unconscious: Observations from LSD Research*. Tres años antes, un orientador del New College de Sarasota (Florida) (actualmente el New College of Florida, una institución encargada de garantizar la excelencia en el entorno docente) me había entregado una copia manuscrita de ese mismo libro. Acudí a él a los dieciocho años mediado mi primer curso de universidad en busca de ayuda para integrar experiencias con LSD y mescalina que me resultaban difíciles de digerir. Aún había entonces personas que, pese a la criminalización de los psikedélicos en los Estados Unidos de la década de los 1970 y de la retirada del permiso para la investigación psikedélica, consideraban legítimo su empleo como herramientas para compensar el conocimiento intelectual con el desarrollo emocional y espiritual y alentar así el desarrollo personal. Fue en el New College donde tuve la oportunidad de hablar sinceramente con mi orientador, quien me entregó la copia de un libro que acabaría transformando mi vida.

Realms of the Human Unconscious fue mi introducción a la investigación psikedélica. Antes de descubrirlo, no era

consciente del gran número de investigaciones psiquedélicas que, durante varias décadas, se habían llevado a cabo en todo el mundo antes de que por razones estrictamente políticas acabasen proscribiendo esa rama de la ciencia. Lo que más inspirador me resultó del libro de Stan fue su afirmación de que «los psiquedélicos acabarían convirtiéndose, para el estudio de la mente, en lo que el telescopio había significado para la astronomía y el microscopio para la biología». La cartografía del inconsciente esbozada por Stan constituye una obra de erudición magistral que le coloca al mismo nivel que Freud, Jung y otros pioneros revolucionarios en diferentes ramas del saber.

Stan utilizó la lente de la ciencia para investigar racionalmente dimensiones de la experiencia humana profunda que suelen adscribirse al ámbito de la religión. Sus conocimientos sobre ciencia, medicina, cultura, religión, mitología, arte y simbolismo le permitieron utilizar su experiencia como acompañante de muchos miles de abordajes terapéuticos con LSD para esbozar un nuevo mapa del inconsciente humano. Despojada de todo tipo de dogmas y con estricta fidelidad al método científico, Stan ha iluminado aspectos fundamentales de la experiencia humana como la experiencia de unidad mística, es decir, la sensación de estar en conexión profunda con algo superior que nos trasciende.

Siendo un joven de dieciocho años interesado en la política que se oponía a la guerra de Vietnam e

indirectamente traumatizado tanto por el Holocausto como por la amenaza de una guerra nuclear devastadora del alcance global, la lectura de ese libro no solo me proporcionó una nueva visión sobre la realidad y validez de la experiencia mística unitiva, sino que también me insufló nuevas esperanzas. Entonces empecé a contemplar la posibilidad de que, si esa experiencia de unidad -cuya esencia consiste en el reconocimiento de nuestra unidad con la vida, la naturaleza y la materia y, en consecuencia, de nuestra humanidad compartida- estuviera al alcance de millones o miles de millones de personas, nuestra empatía y compasión por los demás diluiría las diferencias (de religión, de raza, de nacionalidad, de cultura, de género, de clase, etcétera), que podrían dejar entonces de ser causa de guerra y convertirse en motivo de celebración.

Lo que más me motivó del primer libro de Stan -y lo que más, dicho sea de paso, sigue motivándome de toda su obra- fue la importancia dada a la psicoterapia y la atención prestada a la curación. Pero la verdadera prueba de fuego de sus teorías y de los mapas que esbozó es que pueden ayudarnos a vivir, en este mundo, una vida más plena y amorosa. Pues, con demasiada frecuencia, las ideas espirituales y religiosas se centran más en otro mundo que en este, pero la formación psiquiátrica de Stan le ha llevado a emplear su conocimiento y su experiencia para aliviar el sufrimiento y aumentar la alegría y el amor.

La lectura de la obra de Grof me convenció de las desastrosas consecuencias de la prohibición política de la

investigación psiquedélica. También me ayudó a pasar de la incertidumbre a la certeza y de la desesperación a la esperanza hasta el punto de decidirme a profundizar en mi propia psicoterapia psiquedélica y dedicarme a la investigación y la terapia psiquedélica.

Mi vida es una de las muchas que se han visto profundamente afectadas por la obra de Stanislav Grof. La Asociación Multidisciplinaria de Estudios Psiquedélicos [conocida con las siglas MAPS, acrónimo de Multidisciplinary Association for Psychedelic Studies] -la organización sin ánimo de lucro que fundé en 1986- se enorgullece hoy de publicar *The Way of the Psychonaut: An Encyclopedia for Inner Journeys* que quizás sea su último libro (aunque esperemos que no). En esta nueva entrega, Grof resume, cuarenta y cuatro años después de la publicación de su primer libro, el trabajo de toda su vida y sigue inspirando a las nuevas generaciones a continuar el viaje de exploración y curación que hace cuatro décadas contribuyó a poner en marcha.

Este libro es un regalo de sabiduría y guía para un momento de crisis global, es decir, un momento como el actual que concita simultáneamente peligro y oportunidad. La humanidad se halla inmersa en una carrera entre la catástrofe y la conciencia. *The Way of the Psychonaut* es una herramienta que puede contribuir muy positivamente a que esa carrera la gane la conciencia.

RICK DOBLIN
Mayo de 2019

El camino del psiconauta

La enciclopedia del viaje interior

Volumen 2

VII. Autoexploración y terapia con psiquedélicos: *la importancia del set y del setting*

La historia de los intentos de emplear el LSD y otros psiquedélicos como agentes terapéuticos está llena de ensayos y errores. Aunque los psiquedélicos se han utilizado de formas muy diferentes, esos intentos empezaron siendo muy poco exitosos. Un punto de inflexión decisivo en esta historia fue el descubrimiento de que el éxito o el fracaso del experimento terapéutico depende fundamentalmente de un par de factores extrafarmacológicos denominados *set* y *setting* entre los que destacan la persona que administra la sustancia, la personalidad del sujeto con el que se trabaja, la intención y el propósito del experimento, el entorno físico e interpersonal, y hasta los tránsitos astrológicos individuales y colectivos que están atravesando las personas implicadas.

Gran parte de esta confusión estaba causada por las ideas sustentadas por el viejo paradigma sobre una sustancia que entendida y empleada de manera adecuada

proporciona alternativas novedosas y revolucionarias a los métodos y estrategias habitualmente empleados por la terapia convencional.

La primera referencia al potencial terapéutico del LSD apareció en un comentario fugaz sin mayor especificación adicional incluido en el histórico artículo de Werner Stoll titulado «LSD-25: A Fantasticum from the Ergot Group» (Stoll, 1947). Un par de años más tarde tuvo lugar el primer experimento terapéutico llevado a cabo por el psiquiatra y psicoterapeuta suizo Gion Condrau que, en su estudio sobre la hipótesis de su uso como antidepresivo, investigó sus efectos ateniéndose al protocolo habitualmente empleado para el tratamiento de la depresión con tintura de opio, es decir, administrando dosis crecientes y luego decrecientes de esa sustancia (Condrau, 1949). Por desgracia, los resultados de este experimento resultaron muy decepcionantes, porque Condrau no advirtió alivio alguno en los síntomas sino, muy al contrario, una intensificación temporal, un resultado ciertamente comprensible si tenemos en cuenta que los efectos curativos del empleo homeopático del LSD solo aparecen después de una intensificación provisional de los síntomas.

Igualmente decepcionantes fueron los intentos de determinar los efectos antidepresivos del LSD realizados por otros investigadores siguiendo este mismo enfoque o utilizando dosis medias aisladas. Dos de estos experimentos terapéuticos se originaron en la observación clínica de que

los episodios psicóticos agudos responden mejor a la terapia que los de desarrollo lento y que cursan con pocos síntomas. La idea consistía en utilizar el LSD como activador de los síntomas y continuar luego el tratamiento apelando a una «terapia real». En este sentido, Jost y Vicari trataron de utilizar el LSD como activador de los síntomas de los pacientes y recurrir luego al electrochoque (Jost, 1957 y Jost y Vicari, 1958), un intento fallido de uso terapéutico del LSD que, considerado retrospectivamente, nos parece -a quienes hemos tenido experiencias personales con esta sustancia- tan espantoso como criminal. Y una estrategia semejante emplearon también Sandison, Spencer y Whitelaw, pero apelando, en este caso, en lugar de al electrochoque, a la administración de torazina (Sandison, Spencer y Whitelaw, 1954).

Otro ejemplo extremo que seguía ateniéndose al espíritu del viejo paradigma fue su empleo como terapia de choque -en el mismo sentido que la terapia electroconvulsiva o el coma insulínico- administrado en «dosis masiva» sin preparación ni acompañamiento psicoterapéutico alguno. El peor de todos estos experimentos fue, no obstante, el llevado a cabo en 1968 por el psiquiatra canadiense Elliot Barker, director clínico y supervisor adjunto de un hospital de máxima seguridad para «enfermos mentales peligrosos» de Ontario. Este experimento consistió en encerrar a delincuentes reincidentes desnudos en una habitación durante once días y administrarles una dosis muy elevada de LSD (hasta 2.000 µg) combinada con antiepilépticos. Y

no solo estaban obligados a alimentarse sorbiendo la comida a través de pajitas dispuestas en la pared, sino que también se les animaba a expresar a gritos sus más violentas fantasías (Barker, 1968). No es de extrañar que, después de esa «terapia», la tasa de reincidencia experimentase un considerable aumento. Barker se vio finalmente destituido de su cargo, pero no a causa de ese experimento, sino en respuesta a una rebelión en su contra de los internos. Y también hay que decir que nada tuvo que ver, en su cese, el aumento de la reincidencia de quienes participaron en el experimento, porque ese fue un dato obtenido en un seguimiento realizado en fecha posterior.

Uno de los programas que había comenzado como terapia de choque acabó convirtiéndose en una modalidad de terapia llamada «psiquedélica» utilizada por muchos terapeutas estadounidenses y canadienses. Esta terapia consistía en unas pocas sesiones con dosis elevadas de psiquedélicos que tenían la intención de provocar una experiencia trascendental. Los terapeutas europeos, por su parte, se inclinaron por un enfoque distinto, llamado «psicolítico» (un término compuesto por el sufijo griego *lysis*, que significa «disolución» y que se refería a las tensiones y conflictos de la psique), que consistía en una larga serie de sesiones psiquedélicas con dosis bajas o medias y se hallaba muy influido por el psicoanálisis freudiano.

Los acontecimientos que acabaron desembocando en la auténtica terapia psiquedélica reflejan una historia

fascinante. En 1959, Ditman y Whittlesey publicaron un artículo en la revista *Archives of General Psychiatry* en el que subrayaban varias similitudes superficiales que existían entre la experiencia del LSD y el *delirium tremens* (Ditman y Whittlesey, 1959). En un viaje nocturno en avión que hicieron juntos, los psiquiatras Abram Hoffer y Humphrey Osmond hablaron de ese artículo y, en un estado hipnagógico, se les ocurrió la idea -basada en la observación clínica de que la experiencia del *delirium tremens* es tan terrible que suele suponer un punto de inflexión en la vida del alcohólico, que suele disuadirle de seguir bebiendo- de tratar el alcoholismo empleando el LSD.

Inspirados por esa conversación, Hoffer y Osmond pusieron en marcha en su hospital de Saskatoon (Saskatchewan) un programa que utilizaba el LSD con la intención de provocar en pacientes alcohólicos un «mal viaje» que imitara el *delirium tremens*. Pero la cosa se puso más interesante con la aparición en escena del legendario Al Hubbard, el personaje más misterioso de la historia de la psiquedelia cuya biografía bien podría servir de guion para una película de acción de Hollywood.

En 1919, cuando aún no había cumplido los veinte años, Hubbard inventó -supuestamente guiado por fuerzas de otro mundo- el «transformador de energía Hubbard», una batería cuyo funcionamiento quedaba lejos de las explicaciones de la ciencia de la época y que, según decía, extraía directamente la energía necesaria para su

funcionamiento de un mineral radiactivo. Según el *Seattle Post-Intelligencer*, el invento de Hubbard, encerrado en una pequeña caja de unos 30 × 36 cm, habría servido para mover durante tres días seguidos una embarcación del tamaño de un transbordador por el Portico Bay de Seattle, un invento que patentó y del que acabó desprendiéndose vendiendo por 75.000 dólares a la Radium Corporation de Pittsburg la mitad de sus derechos. La lista de intereses y actividades de Hubbard es extraordinaria y va desde los Servicios Especiales de Canadá hasta el Departamento de Justicia de los Estados Unidos; la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos de los Estados Unidos; la Oficina de Servicios Estratégicos y, presumiblemente, también la CIA.

Durante la época de la prohibición, Hubbard trabajó en Seattle como conductor de un taxi desde el que, equipado con un sofisticado sistema de comunicación entre el barco y la costa que llevaba escondido en el maletero, ayudaba a los traficantes de ron a esquivar los guardacostas y atravesar sin problemas la frontera entre Canadá y Estados Unidos. Por ello fue proclamado «rey del contrabando del noroeste», aunque el FBI acabó atrapándole y encarcelándole durante dieciocho meses. También trabajó un breve período como conserje en el Instituto de Investigación de Stanford (California) y, a comienzos de los cuarenta, hizo realidad su mayor ambición, ser millonario, de modo que, en 1950, era director científico de la Uranium Corporation de Vancouver, poseía su propia flota

de aviones, un yate de 30 metros y la isla Dayman en la bahía de Vancouver.

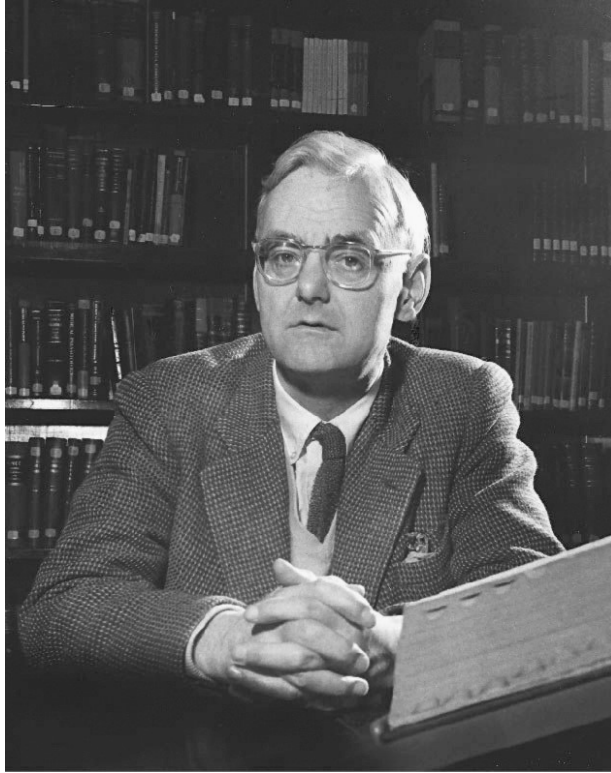
Debido a su título de capitán de navío y al tiempo que pasó trabajando en el Instituto de la Marina Mercante de los Estados Unidos se le conocía con el apodo de «capitán Hubbard». También se le llamó «el Johnny Appleseed del LSD» porque se calcula que administró LSD a unas 6.000 personas, entre los cuales había científicos, políticos, diplomáticos, figuras destacadas de la Iglesia y funcionarios del servicio de inteligencia. Según se dice, era capaz de sujetar cables desnudos conectados a 120 voltios; y cuando sus amigos, animados por él a imitarle, recibían una descarga, les recomendaba: «No tienes que luchar contra la electricidad, debes fluir con ella». También aparecía y desaparecía en diferentes lugares llevando siempre consigo un pequeño maletín negro, lo que alimentaba la fama de que era capaz de bilocarse.

En 1953 invitó a Humphrey Osmond a comer en el Royal Vancouver Yacht Club, una comida durante la cual criticó duramente la estrategia seguida por Osmond y Hoffer de usar el LSD para el tratamiento de alcohólicos e insistió en la necesidad de hacer exactamente lo contrario. Lo que, en su opinión, se necesitaba para experimentar una verdadera transformación no era tanto provocar un «mal viaje», sino proporcionar una auténtica experiencia trascendental. Y, para ello, recomendaba celebrar las sesiones en un entorno hermoso, adornado con flores, símbolos universales y música espiritual. Los resultados obtenidos por Hoffer y

Osmond siguiendo sus consejos mejoraron considerablemente (Hoffer, 1970). Esta fue la estrategia que acabó convirtiéndose en norma para el tratamiento de alcohólicos y adictos con LSD en Canadá y Estados Unidos con el nombre algo tautológico de «terapia psiquedélica».



Abram Hoffer, psiquiatra canadiense pionero en el tratamiento psiquedélico, conocido por su hipótesis de la influencia del adrenocromo en la esquizofrenia.



Humphry Osmond (1917-2004), psiquiatra británico-estadounidense que acuñó el término «psikedélico».



Al Hubbard (1901-1982), figura misteriosa y legendaria en la historia de los psiquedélicos, conocido como el «Johnny Appleseed del LSD», que introdujo a cerca de 6.000 personas en el uso del LSD.

A mediados de los años 60, la empresa farmacéutica checoslovaca Spofa, única productora, además de la suiza Sandoz, de LSD químicamente puro, me envió a entrevistar a Al Hubbard, que había ido a Praga a comprar 2 g de LSD para el Hollywood Hospital de Vancouver, con la intención de determinar si era conocido en los círculos científicos. El hecho de que hubiese colaborado en un artículo titulado «The Psychedelic Experience» junto a Myron Stolaroff y Willis Harman resultó, para las autoridades checas, evidencia suficiente de su seriedad (Stolaroff, Harman y Hubbard, 1964). También hay que señalar que su compra de 2 g de LSD checo fue una auténtica ganga porque, en

aquella época, la ampolla de 100 µg costaba 10 céntimos de dólar.

Durante nuestra conversación, Al abrió su maletín negro y me mostró documentos firmados por los gobiernos de los Estados Unidos y Canadá autorizándole a transportar cualquier sustancia a través de la fronteras entre ambos países. También tuve entonces la oportunidad de formularle una pregunta a la que, desde el momento en que me enteré de los consejos que había dado a Osmond y Hoffer sobre el modo de empleo más adecuado del LSD, no dejaba de dar vueltas. ¿Cómo había obtenido esa información? La respuesta de Hubbard resultó fascinante porque me dijo que, diez años antes de que Albert Hofmann descubriese los efectos psiquedélicos del LSD, había recibido la visita de un ser angélico arquetípico que le informó de que en Suiza se descubriría una sustancia única y le explicó también la forma de empleo más adecuada.

Durante una visita a Palo Alto (California) que hice en el verano de 1967, el pionero psiquedélico Myron Stolaroff me invitó a acompañarle en un viaje en su avión Cessna de cuatro plazas para visitar a su amigo íntimo Al Hubbard. Sobrevolamos la cordillera de Sierra Nevada y le visitamos en su refugio rocoso de Onion Valley. Una tarde, los tres hicimos una excursión por las montañas durante la cual Myron no dejó de contarme historias fantásticas sobre la vida y hazañas de Al, llegando a decir, en un determinado momento, para mi sorpresa, que le consideraba un ser espiritual que estaba a la altura de Jesucristo.



Myron Stolaroff (1920-2013), pionero de los psiquedélicos que investigó los efectos del LSD y la mescalina sobre la creatividad.

La conclusión general de los primeros experimentos terapéuticos realizados con LSD fue que esa sustancia no es, en sí misma, un agente quimioterapéutico porque, para ser eficaz, debe administrarse en un entorno especialmente estructurado y combinado con la psicoterapia. Pero, aun en este caso, la historia de ensayos y errores continuó, porque su administración en pequeñas dosis como complemento de la psicoterapia durante una serie de sesiones no pareció mejorar significativamente la eficacia del proceso terapéutico. Muy al contrario, prolongaba las sesiones y llegaba incluso, en ocasiones, a intensificar los síntomas. Lo más adecuado, en suma, pareció ser invertir el énfasis

aumentando la dosis y empleando la psicoterapia para facilitar el procesamiento e integración de la experiencia.

Otro intento fallido fue la terapia hipnodélica, un procedimiento desarrollado por Levine y Ludwig destinado al tratamiento de alcohólicos y drogadictos mediante la administración combinada de LSD e hipnosis (Levine y Ludwig, 1967). Los pacientes eran entrenados para servir como sujetos hipnóticos y se aprovechaba el período de latencia del efecto psiquedélico para la inducción de la hipnosis. La idea era que, en el momento en que comenzara el efecto de la sustancia, los pacientes se hallasen sumidos en un trance hipnótico. A continuación, podía utilizarse la sugestión para animarlos a entregarse a la experiencia, dejarse llevar, superar el miedo y dirigir su atención hacia determinados aspectos de su biografía. Pero se trataba de un procedimiento complejo que requería mucho tiempo y exigía un entrenamiento en hipnosis tanto de los sujetos como de los experimentadores y que tampoco obtuvo los efectos favorables deseados.

Un intento ambicioso, aunque pobremente concebido, de poner a prueba los resultados de la terapia hipnodélica arrojó resultados muy poco alentadores. Los autores asignaron a 176 pacientes a uno de los cuatro grupos siguientes:

1. Terapia psiquedélica con LSD
2. Terapia hipnodélica
3. Administración de dosis medias de LSD
4. Ninguna terapia concreta (comunidad terapéutica)

Además, a la mitad de los integrantes de cada grupo se les administró también, finalizada la terapia, Antabuse [un fármaco de nombre genérico disulfiram empleado para el tratamiento del alcoholismo crónico]. Los resultados de este experimento no evidenciaron diferencia significativa alguna entre los grupos y la tasa de remisión global fue extraordinariamente baja. Durante un seguimiento que tuvo lugar a los 6 meses, entre el 70 % y el 80 % de los pacientes habían vuelto a beber, una tasa que, en otro seguimiento realizado al cabo de un año, había ascendido y se hallaba entre el 80 % y el 90 % (Ludwig, Levine y Stark, 1970). También hay que decir que la mayoría de los terapeutas que participaron en este estudio eran residentes desmotivados e inadecuadamente adiestrados en las distintas modalidades de tratamiento empleadas. Los lectores interesados en una crítica incisiva de este estudio realizada por Charles Savage pueden encontrarla en mi libro *LSD Psychotherapy* (Grof, 2001).

Asimismo hubo algún que otro intento inspirado en los primeros trabajos de Sigmund Freud y Joseph Breuer de explorar el papel del LSD como agente abreactivo (Freud y Breuer, 1936) que finalmente no encontró aceptación como forma especializada de terapia con LSD (Robinson, 1963). Aunque la abreacción había sido muy popular durante la Segunda Guerra Mundial para el tratamiento de las neurosis de guerra traumáticas, mostró ser ineficaz en el tratamiento de las psiconeurosis (Fenichel, 1945). El LSD puso de nuevo a la abreacción en el campo de la terapia

como importante mecanismo terapéutico, pero no como objetivo principal ni como modalidad concreta de tratamiento.

Las psicoanalistas londinenses Joyce Martin y Pauline McCririck diseñaron un procedimiento muy interesante, denominado «terapia de fusión», destinado al tratamiento de pacientes que, durante su infancia, habían sufrido abandono y privación emocional. El procedimiento consistía en administrar dosis medias de LSD a sus clientes y acostarlos luego en un sofá cubiertos con una manta en una habitación semioscura. A continuación, se acostaban junto a sus clientes y los abrazaban como una buena madre haría con su hijo.

La conferencia y el vídeo con los que Pauline y Joyce presentaron su trabajo en el congreso sobre psicoterapia y LSD celebrado en 1965 en Amityville polarizó a la audiencia. Hubo quienes consideraron la terapia de fusión como un abordaje muy razonable para el tratamiento de un problema clínico grave que quedaba fuera del alcance de la terapia verbal, mientras que otros subrayaban la peligrosa incidencia que un contacto tan estrecho podría provocar en la relación transferencial/contratransferencial entre terapeuta y cliente. Sea como fuere, la terapia de fusión no acabó de convertirse en tendencia y siguió siendo un experimento cuya eficacia dependía mucho de las extraordinarias personalidades de sus creadoras, y el grueso de los terapeutas, sobre todo los varones, no se sentían cómodos aventurándose a emplear esta nueva y

arriesgada estrategia detrás de la puerta cerrada de sus consultas.

Yo tuve la oportunidad de pasar una semana en Londres con Pauline y Joyce en su clínica de Welbeck Street y de participar en dos sesiones de terapia de fusión con Pauline, una en Londres y la otra en Ámsterdam. Mi propia experiencia y las entrevistas con sus pacientes me convencieron de que se trataba de una forma muy eficaz de sanar el trauma provocado por la privación anaclítica, a la que yo llamo «trauma por omisión». También introduje la terapia de fusión en nuestro trabajo con psiquedélicos y en los talleres y en la formación en trabajo respiratorio y la encontré muy interesante y útil. En el capítulo titulado «The Dying Queen» de mi libro *When the Impossible Happens* (Grof, 2006) describo mis experiencias y aventuras con Pauline al respecto.

Tampoco tuvieron éxito los primeros intentos de emplear el LSD en la terapia de grupo. Las pequeñas dosis administradas a los pacientes tratados con el análisis transaccional de Eric Berne no parecieron mejorar mucho la dinámica grupal y, al aumentar las dosis, los pacientes tendían a perder el interés en el trabajo centrado en el grupo y a centrarse en su propia experiencia. Finalmente, la terapia de grupo con psiquedélicos se bifurcó en dos direcciones diferentes:

1. *La terapia psiquedélica agregada*, en la que se administra una sustancia psiquedélica a un gran número de personas, pero sin hacer el menor esfuerzo para